

corto á Doña Fernanda; pero al fin se hubo de aceptar, esperando mejor ocasión para introducir en él algunas variaciones. A quien no pareció ni largo ni corto fué á Agustín, que tomó el año por un tiempo indefinido, y así se levantó de la mesa, musitando como el otro de la fábula:

En diez años de plazo que tenemos,
¿El burro, el rey ó yo nos moriremos?

Y en efecto; él no tenía mucha fe en la vocación de su hija y creyó que cedería fácilmente el día que se viera festejada y pretendida por un joven que llenara las aspiraciones de la dama más exigente; y ese día que él descaba, lo veía, á su juicio, muy cerca. ¿Llegó, en efecto, ese día de tentación, y cayó en ella la pobre Inés? Espera, lector amado, y verás el fin de esta verídica historia.



CAPITULO VIII

El cual trata de lo que verá el curioso que lo lea.

AL llegar aquí es forzoso suspender nuestro relato, y retroceder algún tanto, para dar á conocer otros personajes que tienen íntima relación con Inés y sus propósitos. El principal de estos personajes cualquiera puede figurarse que fué el condesito de Valdellirios. La condesa, su madre, y Doña Fernanda eran amigas de toda la vida, y después que tomaron estado, tuvieron la buena suerte, según ellas decían, de vivir en una misma calle, á corta distancia una de otra.

La condesa se llamaba Isabel, y tuvo algunos puntos de semejanza con su gloriosa patrona la santa reina de Hungría. Quedó viuda siendo todavía joven, y su marido le dejó al morir dos hijos que fueron el encanto de toda su vida. Renunció con toda su alma las segundas nupcias, que se le presentaron muy ven-

tajosas, y se aplicó con esmero á ser una viuda cristiana, cual la describe el Apóstol (1) aprobada con testimonios de virtud, cuidadosa de sus hijos, hospitalaria, limosnera, dada á la piedad, ejercitada en buenas obras, y, por decirlo de una vez, se aplicó á ser una viuda modelo.

Muerto su esposo, tuvo que dedicarse á la penosa y complicada tarea de examinar los papeles y cuentas que él tenía; y después de haberlo dejado todo corriente, se reservó una buena suma para obras pías en sufragio del difunto, y nombró apoderado de sus bienes al padre de Inés, hombre de toda su confianza, el cual había quedado también de albacea y testamentario del conde. Con este motivo, las relaciones entre ambas familias llegaron á ser muy íntimas, tanto que á veces pasaban largas temporadas juntas, como si fueran una sola.

Los hijos de la condesa se llamaban José y Concepción, pero la buena señora, que sabía sobreponerse á los respetos humanos y á todo cuanto olía á impiedad, tuvo la debilidad de seguir la moda impía y pagana de mudar á sus hijos el nombre cristiano, llamándole al uno Pepito y á la otra Conchita. ¡Tris-

(1) Tim., 5. 10.

te tributo que pagan las buenas almas á una moda maldita introducida en el mundo, nada menos que por Satanás y compañía! Porque has de saber, lector querido, que según afirman los libros santos, los espíritus de las tinieblas, bien que á pesar suyo doblan la rodilla, tiemblan y se estremecen al oír pronunciar el santísimo nombre de Jesús; y lo mismo debe decirse, guardando la debida proporción, cuando oyen pronunciar el dulcísimo nombre de María, de José y de aquellos santos que más los confundieron y más almas arrancaron de sus infernales garras, para encaminarlas al cielo. Pues, aconteció que un día, cansado y rabioso Luzbel de oír tantas veces aquellos nombres que tan mal sientan á sus oídos, convocó en el infierno reunión extraordinaria y habló así á sus compañeros de infortunio.

“¡Enemigos de Cristo! ¡hijos de la libertad, raza independiente y noble, guerreros invencibles y fieles vasallos míos! Supongo que vuestras orejas estarán como las mías continuamente atormentadas, oyendo sin cesar el nombre de nuestra Enemiga, el de su cobarde Esposo y el de sus despreciables siervos. Pues bien: he determinado que no se pronuncien más en la tierra tales nombres, en especial el espantoso y horrible nombre de Concepción, por llamar-

se así el desgraciado momento que aquella enemiga nuestra me pisó la cabeza y se burló de mí. Por tanto, espíritus engañadores, volad á la tierra y buscad cuantos medios os sugiera vuestra inteligencia, fecunda siempre en astucias, para que no se oigan más en el mundo tan aborrecidos nombres."

Así habló el vencido blasfemador de María Inmaculada, y al punto salieron del infierno, cual espesa nube de langosta, los diablillos más traviesos y simuladores que en él había. Toman las formas y los ademanes de modistas entrometidas, de jóvenes afeminados, de viejos pisaverdes, de solteronas enamoradas, y se entran por las puertas de cada cristiano, fingiéndose personas conocidas y preguntando con voz muy melosa: "¿Cómo está la Srta. Concha? Y Pepito, ¿dónde anda? Tú, Conchita, ven acá, monina, ¡qué linda eres! Don Paco ¿y usted?" *et sic de ceteris*. Resultado, que al cabo de dos semanas, por arte é industria de Satán, entre los cristianos papanatas se habían convertido las Concepciones en mariscos, y ya eran conchas ó conchitas; los Josés se habían convertido en fruta de huertas, y ya eran pepitos ó pepinos ó pepitas, que todo va allá; y los Franciscos ó Franciscas se habían convertido en unos animalitos americanos llamados pacos

ó pacas. Desde entonces, en vez de estremecerse el infierno cuando se pronuncia un nombre de éstos, suena allí una horrible carcajada en señal del triunfo obtenido, con la mudanza de nombres cristianos; y cuando más se ríen los demonios es cuando esos nombres los pronuncian almas tan buenas y candorosas, como era la condesa de Valdelirios. Verdad es que la pobre señora no sabía este cuento, y por tanto no era culpable: pero, lector piadoso, tú y yo que lo sabemos no careceríamos de culpa, si contribuyéramos á los planes de Satán y compañía. Por eso, si no lo tomas á mal, sepultaremos en el olvido al marisco *Concha* y al curcubitáceo *pepino* y *pepita*, para llamar á nuestros personajes cristianamente como ellos se llamaban: José y Concepción.

Pues Concepción y José cuando eran niños andaban siempre jugando con Jacinto y con Inés, y pasaban los días en esas ocupaciones infantiles é inocentes que tan dulces recuerdos causan después: unas veces hacían altares y casitas, otras salían al jardín á cazar mariposas, otras á echar pan á los peces del estanque, y luego á colocar por orden la enorme cesta de juguetes que tenían entre todos, donde no faltaban soldados de á pie ni de á caballo, músicos con

sus instrumentos á cuestras, y todo género de muñecas y muñecos de los mejores que se compraban en la feria. Inés nunca tuvo á José más que esa inclinación natural que tienen todos los niños á jugar con otros niños; pero de José contaba su madre que siempre estaba hablando de Inés, que todo lo hacía pensando en ella, que se disgustaba con Jacinto y reñía á Concepción cuando éstos no daban gusto á Inés, y, en fin, que para verlo obedecer con presteza, no tenía más que decirle que le privaría de jugar con ella ó le diría que era muy malo.

Este amor tierno y apasionado arraigó profundamente en el corazón de José y fué creciendo con los años. Cuando niño inventaba juegos y travesuras para agradarle y entretenerla á su lado: cuando mayorcito, se aplicaba con esmero al estudio para merecer algunos premios que regalarle; y cuando ya joven, quería sobresalir entre sus compañeros y soñaba notas y triunfos no imaginados, con que granjearse la estimación de Inés. Aquel amor casto y profundo que le tuvo siempre, preservó á él y le libró de muchos peligros; fomentó en su corazón la piedad y la pureza y le obligó á ser un joven ejemplar. Tenía aquella pasión algo de religioso respeto, algo de santa veneración que ha-

cía á José capaz de la mayor abnegación y de los mayores sacrificios para labrar la felicidad y la dicha de aquella mujer, que había llegado á ser, sin pensarlo ni quererlo ella, el ídolo de su corazón. En fin, el amor de José era uno de esos amores puros y santos que descuellan sobre el vulgo de los amores mundanos como la rosa entre las flores, como el águila entre las aves, como el sol entre los astros. Ese amor le animaba en el estudio, le fortalecía en sus trabajos, y también recibía su recompensa durante las vacaciones, pues solía pasar algunos días de éstos en la quinta de Agustín.

Esto, no obstante, jamás habló José de sus amores con nadie, ni siquiera se atrevió á decir nunca á Inés que la amaba. ¿Qué necesidad—decía entre sí—qué necesidad tengo yo de decirle una cosa que ella sabe y que ella ve? ¿No se lo están diciendo mis modales y las atenciones que le guardo? ¿No se lo están diciendo á cada paso la mirada de mis ojos? ¿No lo ve ella en la sonrisa de mis labios y en el gozo de mi semblante cuando me habla? ¿Pues para qué le he de hacer tal declaración? Tan natural es que yo la ame como que el fuego queme, como que el sol alumbre, como que los árboles den flores, y como que esas flores exhale grato aroma. ¿Y para qué pre-

guntarle que si me corresponde? Eso es indudable, eso es tan claro como la luz del mediodía, tan fijo como el curso de los planetas: pues aunque las distancias nos hayan separado, siempre su alma y mi alma han estado juntas y unidas por las mismas ideas, los mismos sentimientos y la misma aspiración. Yo nací para ella y ella para mí, como los ojos se hicieron para ver la luz y la luz para alumbrar los ojos; y un mutuo y santo amor nos tendrá unidos siempre en esta vida y en la otra.

Así pensaba José consigo mismo. Cuál no sería, pues, su sorpresa al oír decir el último día de vacaciones, cuando ya no tenía tiempo de averiguarlo, que Inés quería ser monja á todo trance. ¡Pobre joven! estuvo á punto de echarse á llorar de pena. Privado desde la infancia de las caricias de su padre, y ausente durante los estudios de la vista de su madre y hermana, sentía él en su corazón un vehemente deseo de amar y ser amado con ese amor puro, franco y leal, no hijo de las pasiones humanas ó del vil interés, sino de los nobles sentimientos de un corazón cristiano; y este deseo sólo encontraba alguna satisfacción, cuando su madre le acariciaba, ó cuando en casa de Agustín veía la correspondencia de una fina amistad. Pues, si al volver él de sus estudios con

la carrera ya terminada, se encontraba sin Inés; y en vez de la dulce satisfacción de otras veces, sólo hallaba en casa de Agustín un vacío insaciable para su alma, ¿cómo podría él vivir? ¡Cuánto hubiera dado José porque le sacaran de aquella horrible incertidumbre! Como esto no podía ser, reflexionó un momento y dijo: Mañana lo sabré todo: Jacinto me lo dirá cuando vayamos en el tren ó cuando estemos en la Universidad. Y en efecto, así fué.

Jacinto y José se trataban y se querían como dos hermanos. Ambos entraron á la vez en el famoso colegio que los padres jesuitas tienen en el Puerto de Santa María, donde adquirieron la instrucción y buena educación que á su clase convenía, bajo la inspección de aquellos sabios religiosos: y ambos se matricularon á la vez en la Universidad Central, donde esperaban obtener el grado de doctores en jurisprudencia terminado el curso que iban á comenzar. En tantos años de estudios habían adquirido los dos jóvenes entre sí esa amistad estrecha, nivelada y confirmada por la igualdad en el nacimiento, en la edad, en los bienes, en los talentos, en las inclinaciones y en las demás circunstancias de la vida. Y como, según reza el adagio, el amigo es otro yo, ca-

da uno de ellos tenía tanta confianza en el otro como en sí mismo.

Con esa confianza íntima, hija de la amistad verdadera, preguntó José á Jacinto lo que deseaba saber, y éste satisfizo sus deseos, diciéndole que, efectivamente, Inés quería ser religiosa, pero que su padre se lo había prohibido terminantemente, y como ella era dócil y buena, cedería con facilidad. Además—continuó él—papá le ha prohibido que le hable de eso, por lo menos, hasta que yo me haya doctorado. La alegría que recibió José y la paz que llevó á su alma semejante noticia, sólo puede comprenderla el que haya sufrido las amarguras de una vida cruel como la que á él le martirizaba.

Pero dejemos á los dos amigos estudiando su último curso en santa paz, para fijar la atención en un suceso que hace mucho á nuestro propósito. Las campanas de Santa Inés de Sevilla, repicando alegremente, llamaban á los fieles de la ciudad al santo templo en una templada tarde del mes de Diciembre. Allí tenía lugar uno de esos espectáculos que alegran á los ángeles y enternecen á los hombres. Sobre el altar ardían cirios perfumados, difundiendo un esplendor suave por toda la Iglesia atestada de gentes; del interior del coro salían voces dulcísimas cual si fueran de

ángeles que cantaban con deliciosa armonía el himno de las vírgenes; por la puerta interior comenzó á entrar una procesión de jóvenes con hachas encendidas, y desfilando poco á poco entre la multitud fueron á colocarse á los lados del presbiterio. Detrás de todas venían dos vestidas de blanco, una de las cuales llevaba sobre su cabeza una corona de flores, que atraía sobre sí las miradas de todos. Al llegar á las gradas del altar, un sacerdote revestido con los ornamentos sagrados, le preguntó: «Hija mía, ¿qué has venido á buscar aquí y qué es lo que pides á esta santa comunión?»

—Busco, ¡ministro de Dios! y pido á estas santas vírgenes que me den el velo de las esposas de Cristo, mi único amor en esta tierra de llanto.—La que así hablaba era Flora de Espartinas, y la joven que la acompañaba vestida de blanco, haciendo con ella las veces de madrina, era Inés. Al oír la respuesta de Flora, un murmullo de admiración se oyó en el templo. A Inés se se escapó un sollozo mal comprimido, y otras muchas personas rompieron á llorar. Terminada la ceremonia, volvió á desfilarse la procesión, dirigiéndose á la puerta que da entrada al monasterio. Al pasar Flora entre aquella turba de señoras y señoritas decían unas: ¡Ton-

ta! que va á encerrarse para siempre. Y repetían otras: ¡Dichosa ella! Y añadían las de su familia, llorando: Perdemos á un ángel: se nos va la bienhechora del pueblo, el consuelo de los tristes. A las primeras contestaba Flora con una mirada de profunda compasión; á las segundas con una sonrisa placentera, y á las otras con una mirada de gratitud. En esto llegaron á la puerta donde esperaba la comunidad á la nueva hermana, para despojarla del vestido seglar y cubrirla con el traje de las esposas del Cordero. Antes de entrar, Inés y Flora se abrazaron con tiernísima efusión, vertiendo cada cual un torrente de lágrimas. Se dijeron al oído muchas cosas, pero yo no pude percibir más que estas últimas palabras: Es muy grande el empeño que hay en quitarte la vocación: constancia, Inés, constancia.

Yo me aparté de allí hondamente impresionado, y no sé qué más pasó; lo que sí puedo decir es que aquella noche estuvo Inés llorándole á su padre y pidiéndole por Dios, por la Virgen y por todos los santos, que le dejara ir al convento; á todo lo cual respondía Agustín mal humorado:

—Pero, mujer, no seas cansada: ¿no hemos quedado en que lo dejarías para el año que viene?

Inés bajó la vista, exhaló un suspiro y se apartó de allí. Agustín, que la vió ir tan placentera, guiñó el ojo y se dijo: Vamos, ya la voy convenciendo; al fin cederá.



CAPITULO IX

La Noche buena: Episodio interesante.

EL mes de Diciembre iba ya muy adelantado, y en casa de doña Fernanda se hacían grandes preparativos para la fiesta de Navidad. Inés se entretenía en fabricar un *portalito* dentro de su cuarto para representar al vivo la consoladora y tiernísima escena de Belén; pero con mayor cuidado preparaba dentro de su pecho una cunita de amor al divino Niño, á quien pedía constantemente que viniera á nacer por la gracia en el humilde pesebre de su corazón. Por la noche reunía á las criadas y con ellas hacía las *jornaditas* y rezaba las cuarenta avemarías de aquella devoción sublime que la misma Madre de Dios enseñó á su sierva Santa Catalina de Bolonia.

Pues aconteció que una noche, después del rezo, se reunió una tertulia de confian-

za en casa de Agustín. Allí estaba la condesa con su hija Concepción; un anciano magistrado de la Audiencia, que fué toda su vida modelo, de caballeros; un sacerdote muy conocido en Sevilla por su virtud y su ciencia, y más todavía por las tremendas palizas que dió á los *Cabreristas* cuando quisieron implantar el trasnochado protestantismo en aquella tierra de María Santísima; y además había dos chicos ahijados de los amos, jugando con Fernandito. Estos se entretenían mirando las estampas de los libros; los hombres saboreando cada cual su largo puro habano, obsequio del Magistrado; Carmen, hablando con su madre y con la condesa, mientras que la hija de ésta se había apartado á un rincón de la sala con Inés, que estaba haciendo flores para su portalito.

De repente suelta el libro Fernandín, y aprovechando un momento de silencio que reinaba en la concurrencia, miró á su padre, y como si tratara de un negocio grave, le dirigió con una formalidad impropia de sus pocos años esta pregunta, que hizo reír á todos los que la oyeron:

—Papá, ¿cuántos aguinaldos me vas á dar estas pascuas?

—Los que tú quieras, pichoncito,—le contestó Agustín, pasándole la mano por la cara.

—Pues yo quiero un tambor gordo, y un caballito grande, muy grande.

—Si eres bueno, ya verás cómo te lo compro.

—Y á mí me tiene V. que regalar el reloj de oro—saltó Carmen con mucha energía.—¡Caramba! tanto tiempo que me lo tiene prometido y aún no me lo ha comprado.

—¡Bueno! también tú tendrás reloj, —dijo el padre en tono placentero; y dirigiéndose á las otras, añadió:—¿Y las floristas no me piden nada?—Inés dió un pequeño suspiro, parecido á los que da una persona fatigada del trabajo, levantó sus hermosos ojos, y pasando una rápida mirada por la tertulia, los volvió á fijar en la rosa que estaba haciendo sin decir palabra.

—Vamos,—insistió Agustín:—¿tú no quieres nada?

Las mejillas de Inés tomaron un tinte de carmín que rivalizaba con el de la rosa que tenía en sus manos, y respondió un poco confusa:

—Papá, yo temo pedir lo que deseo.

—Vamos, no seas tonta, y pide lo que quieras.

—Si me da vergüenza—contestó ella cada vez más sonrojada.

El Sacerdote conoció que la petición de Inés encerraba un pensamiento su-

blime, en extremo virtuoso, y la animó á declararlo, diciéndole:

—Vaya, tú que eres tan amiga de la santa obediencia, por obediencia nos vas á decir lo que quieres.

Sonrió Inés, y procurando serenarse, continuó:—Pues, mire V., como me han hecho enfermera de la Venerable Orden Tercera de San Francisco de Asís, corre de mi cuenta visitar los hermanos enfermos de esta parroquia; y por desgracia tengo malito ahora, no lejos de aquí, á un pobre anciano, tercero de muchos años, que vive con una hija suya, viuda con dos niños, de los cuales es el único amparo. Son tan pobres que viven en un sótano, pues no merece otro nombre el entresuelo que habitan; y como el pobrecillo hace tiempo que no trabaja, quizás la *Noche buena* sea noche mala para ellos, porque no tendrán qué cenar. ¡Pobrecitos! ¡quién pudiera hacer con ellos lo que hicieron los pastores en Belén con la Sagrada Familia! ¡quién pudiera llevarles con que pasar las pascuas felizmente! Por eso deseo (y me da vergüenza de decirlo) deseo algunos cuartos para socorrer á mi buen anciano (que parece un San José), y á su pobre familia.

Al terminar Inés, una lágrima involuntaria corría por las mejillas del sacerdote, y á duras penas podían conte-

ner los demás las que querían brotar de sus ojos. Bien hecho, hija mía,—dijo aquél, por fin, limpiándose los ojos:— ¡bien hecho! y yo te ayudaré en tu buena obra, si tus papás no se ofenden; y diciendo y haciendo, soltó sobre la mesa una moneda de plata, que sonaba, alegrando los oídos de los pequeños. Y dirigiéndose al Padre continuó:—Dispense usted, Agustín, que no se trata de dar una limosna á su hija, sino de contribuir por su medio al socorro de una familia. ¡Cuántas veces nos gastamos un duro en una tontería sin tener el sublime pensamiento de esta criatura!

El magistrado siguió el ejemplo del sacerdote, tirando sobre la mesa otro duro, y las señoras le siguieron después. —¡Yo también quiero poner!—gritaba Fernandín.—Yo también pondría, pero no tengo,—decía Carmen á tiempo que Inés se levantaba para dar un beso á su hermanito; y con esa industria, sólo conocida de la caridad verdadera, dirigióse á los dos diciendo:—Todos podemos poner, si acudimos al tesoro del sacrificio, privándonos por amor del Niño Jesús de juguetes y tonterías para socorrer á los pobres. Deja tú el tambor, y Carmen el reloj, y verás cómo tienes dineros para hacer limosnas.

—Bueno, renuncio el tambor,—decía

el chico,—pero me dejarás tocarlo encima de la mesa.

—Pues yo, no renuncio á mi reloj,—dijo la otra;—pero que me lo compre papá más barato, y ponga por mí lo que quiera.

—¡Cánario!—interrumpió el magistrado—si todos los chicos fuéramos como esta chica, desaparecería el pauperismo antes de año nuevo, y estaba resuelta la tremenda cuestión social que en vano tratan de resolver los gobiernos de Europa.

¿No te parece, lector querido, que el buen magistrado tenía razón? ¿No es cierto que la llamada cuestión social no tiene otra solución posible, que la de la caridad cristiana? Si los altos funcionarios del estado liberal, que nada tienen de liberales y dadivosos, renunciaran en bien de los pobres, alguna que otra vez, sus pagas exorbitantes, y sus trenes lujosísimos, y sus banquetes escandalosos y otras cosas por el estilo, ¿cuánto podrían aliviarse los tributos y contribuciones, y cuántos pobres saldrían de su misera situación! ¿Mas quién pide un acto de liberalidad á los que se llaman liberales por un contra sentido? Pero en fin, dejémonos de digresiones y vamos á nuestro asunto.

Inés recolectó aquella noche unos diez duros para sus pobres; su padre ade-

más le dió permiso para que de las provisiones de casa llevara á sus socorridos la cantidad que quisiera de aceite, pasas, carne, arroz, pan, etc., etc. Y se convino en que ella y Concepción, acompañadas de Fernandito, habían de ir á entregar aquella limosna la víspera de Navidad. Llegó la hora deseada y en el cuarto de Inés tuvo lugar una escena que los ángeles del cielo debieron contemplar embelesados. Ella y Concepción, teniendo en medio á Fernandito, oraban ante el portalito que la primera había dedicado al Divino infante en aquellos días. Oremos, hijo mío, decía Inés á su hermano, oremos y demos gracias á Dios, porque nos ha concedido la dicha de remediar las necesidades de nuestros prójimos. Así nuestra limosna será más grata al cielo.

Terminada la oración se pusieron en marcha. Inés iba radiante de alegría, como si fuera á socorrer no á unos pobres, sino á la sagrada familia cuando caminaba para Belén. Un criado llevaba en los grandes cestas abundante provisión para aquellos días, y ella se había reservado el dinero y algunos dulces para sus favorecidos.

Poco rato después entraban aquellos tres ángeles de paz en una habitación estrecha y oscura. Un anciano yacía tendido en una dura cama formada con

dos bancos, tres tablas y un jergón de pajas: una mujer de mediana edad estaba sentada al pie del techo pensativa y meditabunda, y dos chicos dormían en un rincón sobre un montón de ropa vieja. Al abrirse la puerta, se puso de pies la pobre mujer, y ofreció su silla respetuosamente á las dos aristocráticas señoritas, diciendo al mismo tiempo: Inés, ¿otra vez por aquí? ¡Válgame Dios y que buena es usted, señorita!

—Vamos, repuso ella, ¿cómo está su padre? ¿Le han traído las medicinas? ¿Ha mejorado algo? Vaya, cuénteme V. todos sus apuros y trabajos. El anciano lanzó á las dos jóvenes una mirada de gratitud; los chicos comenzaron á rebullirse en su rincón, al oír una voz extraña, y la buena mujer empezó á decir: Mi padre sigue mejor; pero ¡ay señorita! estoy afligidísima y no sé lo que me pasa. Esta mañana ha estado aquí el administrador de la casa, y me ha dicho que si no pagamos los dos meses que debemos, nos echarán de aquí á últimos del mes; y como no puedo dejar solo á mi padre con estos chicos para ir á la costura, no puedo ganarme una peseta como antes para pagar. Y lo que más pena me causa es que mi pobre padre y mis hijos se mueren de frío, porque he tenido que empeñar algunas piezas de ropa para no morirnos de ham-

bre. Y al decir esto, la pobre mujer se tapó el rostro con el delantal para ocultar la pena, el rubor y las lágrimas que caían de sus ojos.

Inés, derramando también una lágrima, no sabemos si de compasión ó de júbilo santo, depositó en manos de la desconsolada viuda los diez duros envueltos en un papel, diciendo: Con eso hay para salir ahora de apuros: más adelante. . . . ¡Dios proveerá! La gratitud arrancó de los ojos de aquella mujer más lágrimas que el rubor y la pena, y levantado los brazos exclamó: Señorita, permítame V. que le abraze; déjeme usted que la bese; y aquellas dos damas de la nobleza sevillana, se confundieron en estrecho y caritativo abrazo con la humilde hija del pueblo.

Entre tanto que esto pasaba, Fernandín estaba jugando con los chicos, diciéndoles que su hermana traía muchas cosas. Inés los llamó y ellos avergonzados se atrevieron á ir hasta que ella les enseñó el dulce que llevaba. Luego comenzó á desocupar las dos cestas, y al ver los chiquillos una de ellas, llena de nueces y castañas comenzaron á dar saltos, tocando al son de ruidosas palmas: Esta noche es noche buena. . . .

Inés sentóse luego un rato á la cabecera del enfermo, le habló de la conformidad con la voluntad de Dios en los

trabajos que nos envía, le consoló y le dejó más aliviado con su vista que si hubiera tomado el más eficaz confortativo. Al despedirse le dijo el buen anciano: Señorita Inés, ¿con que pagaremos á usted tan inmerecidos favores? Y ella le contestó: Con rogar á Dios por mí, y por los bienhechores que me han dado esa limosnita.

Cuando llegaron á casa, estaba ya reunida la tertulia para pedir cuenta á Inés de la inversión de la colecta. Fernandín con su media lengua fué el que la dió, contando lo que aquella señora lloraba y los abrazos que dió á Inés: la condesita no hacía más que elogiar los rasgos heróicos de la caridad de su amiga; y doña Fernanda, con la voz embargada por la emoción y llena de la más dulce satisfacción dijo á Inés estrechándola entre sus brazos: Hija mía, Dios ha premiado tu sacrificio. Prosigue así, Inés de mi alma; procura ser siempre la guía de tus hermanos y el consuelo de los pobres; y no dudes, que Dios te concederá algún día las peticiones de tu corazón.

La alegría que rebosaba en el corazón de Inés bastaba para recompensa de su buena obra; pero Dios que ha prometido dar el ciento por uno en esta vida á sus fieles servidores, premió aquella misma noche á su fiel sierva. Inés se dur-

mió con el sueño de los justos, y llena de un gozo celestial, ya muy entrada la noche; y en aquel sueño tuvo visiones misteriosas que recordaba siempre con la más pura alegría. Le pareció que era llevada en espíritu al cielo ó á otro lugar muy parecido, donde se representaba muy al vivo el nacimiento temporal del Hijo eterno de Dios. Allí estaba San José radiante de gloria y hermosura y rodeado de ángeles que le llevaban su floreciente vara, á los cuáles decía: Inés me ha dado una buena limosna para mi divino Niño: escribid esa hermosa acción en el libro de la vida. Allí estaba también la Madre del Verbo, cercada de espíritus bienaventurados que cantaban el *Gloria in excelsis Deo* al divino infante, y dirigiéndose á Inés le dijo estas palabras, que le recordaron las de la pobre socorrida: Ven, hija, y te daré un abrazo, ven Inés que quiero besarte. Y á tiempo que sentía las inefables caricias de la divina Madre, vió que el Niño Jesús le dirigía una dulcísima sonrisa, pronunciando á la vez esta sentencia del Evangelio: Lo que hiciste con aquel pobre por mi amor, conmigo lo hiciste.

Cuando Inés despertó creyó morir de gozo: conservaba grabados en su mente, con tal viveza los principales detalles del sueño, que toda aquella pascua an-

duvo como absorta y embelesada: y cuando alguna circunstancia le traía á la memoria la dulcísima mirada del Niño, quedaba como enagenada de los sentidos, mirando atentamente una cosa que nadie veía más que ella. Esa mirada indefinible fué una de las cosas que más se notaban en Inés desde entonces.

Agustín aprovechó aquella ocasión para insistir en el necio empeño de quitar la vocación á su hija: y una vez que ésta le habló de lo que agrada á Dios la virtud de la limosna, le dijo él: Pues si tanto agrada á Dios que demos limosna, harás una solemne tontería metiéndote monja, porque entonces no podrás dar ni una estampa; mientras que, si perseveras en casa, toda ella estará á tu disposición para hacer limosnas. Inés estaba de prisa y no quiso contestar á su padre, por lo cual se quedó él diciendo para sí: Ya va cediendo: antes de medio año hemos ganado el pleito: ¿Cómo va á resistir ella la tentación de ser condesa de Valgelirios? ¿Cómo podrá sufrir sin quemarse las miradas de fuego de José? ¿Y cómo no caerá en el lazo, si le decimos que tendrá á su disposición todo un condado para hacer limosnas? ¡Imposible, imposible!

¿Y cayó la pobre Inés en ese bien tendido lazo? Esta pregunta se te ocurrirá de nuevo, curioso lector, y yo por toda

contestación te digo que leas el capítulo siguiente, si quieres que tu curiosidad quede satisfecha.



CAPITULO X

La tentación vencida.

BRILLANTISIMOS fueron los exámenes que hicieron Jacinto y José en la universidad matritense, donde obtuvieron el grado y la borla de doctor en leyes, entre el aplauso y los parabienes de sus condiscípulos. Volvieron, pues, los dos jóvenes á Sevilla cargados de laureles y triunfos literarios, capaces de envanecer y llenar de satisfacción á sus familias. La primera diligencia de la condesa, cuando llegó el hijo á su casa fué aconsejarle como buena madre que hiciera una semana ó diez días de ejercicios espirituales, bajo la dirección de su director (que era un padre Jesuíta) ya para purificarse de las inmundicias universitarias, si alguna había contraído, ya también para prepararse con ellos á entrar en posesión de las riquezas paternas y del título de conde que ella quería otorgarle.

Durante aquellos días de retiro y de